

Cómo falló la filosofía en la pandemia

Benjamin Bratton

A medida que surge otra ola de infección y la amarga asignación de pases de vacunas se convierte en realidad, las sociedades están siendo rehenes de una coalición tristemente familiar de desinformados, desinformados, descarriados y misantrópicos. Están haciendo que los pasaportes de vacunas, que nadie quiere, sean una necesidad probable. Sin su ruido y narcisismo, las tasas de vacunación serían lo suficientemente altas como para que los países no fueran necesarios.

Pero no es simplemente la “chusma” la que hace este triste lío, sino también algunas voces de las altas esferas de la academia. Durante la pandemia, cuando la sociedad necesitaba desesperadamente darle sentido al panorama general, la Filosofía falló en el momento, a veces por ignorancia o incoherencia, a veces por un fraude intelectual absoluto. La lección del filósofo italiano Giorgio Agamben nos dice en parte por qué.

Famoso por las críticas a la “biopolítica” que han ayudado a dar forma a las perspectivas de las Humanidades sobre la biología, la sociedad, la ciencia y la política, Agamben pasó la pandemia publicando más de una docena de editoriales denunciando la situación en formas que se asemejan mucho a la derecha (y a la izquierda).) teorías de conspiración.

Durante las últimas dos décadas, la influencia del poder blando de sus conceptos clave en las Humanidades - homo sacer, zoë / bios, el estado de excepción, etc. - ha sido considerable. Esto también ha ayudado a cimentar en una vieja ortodoxia sospechosa de cualquier intervención gubernamental artificial en la condición biológica de la sociedad humana como implícitamente totalitaria. En nombre de ser “crítico”, el enfoque predeterminado de cualquier biotecnología es a menudo presentarla como una manipulación coercitiva de la soberanía del cuerpo y la experiencia vivida.

Si uno imaginara a Alex Jones no como un buen chico de Texas, sino como un estudiante de seminario heideggeriano, esto daría una idea de cómo el propio Agamben abordó las solicitudes de comentarios públicos sobre la pandemia de COVID-19. A partir de febrero de 2020, con “La invención de una epidemia”, llamó al virus un engaño y los cierres tardíos en Italia un “despotismo tecno-médico”. En “Requiem for the Students”, denunció los seminarios de Zoom como aquiescencia a una condición de campo de concentración de Silicon

How Philosophy Failed the Pandemic

Benjamin Bratton on why philosophy failed us in facing up to the pandemic, and why we need to rethink biopolitics as a matter of life and death. As yet another wave of infection blooms and the bitter assignment of vaccine passes becomes a reality, societies are being held hostage by a sadly familiar coalition of the uninformed, the misinformed, the misguided, and the misanthropic. They are making vaccine passports, which no one wants, a likely necessity. Without their noise and narcissism, vaccination rates would be high enough that the passes would not be needed.

But it is not simply the “rabble” who make this sad mess, but also some voices from the upper echelons of the academy. During the pandemic, when society desperately needed to make sense of the big picture, Philosophy failed the moment, sometimes through ignorance or incoherence, sometimes outright intellectual fraud. The lesson of Italian philosopher, Giorgio Agamben, in part tells us why.

Famous for critiques of “biopolitics” that have helped to shape the Humanities’ perspectives on biology, society, science and politics, Agamben spent the pandemic publishing over a dozen editorials denouncing the situation in ways that closely parallel right-wing (and left-wing) conspiracy theories.

Over the past two decades, the soft power influence of his key concepts in the Humanities - homo sacer, zoë / bios, the state of exception, etc. - has been considerable. This has also helped to cement in a stale orthodoxy suspicious of any artificial governing intervention in the biological condition of human society as implicitly totalitarian. In the name of being “critical”, the default approach to any biotechnology is often to cast it as a coercive manipulation of the sovereignty of the body and lived experience.

If one were to imagine Alex Jones not as a Texas good ol’ boy, but rather as a Heideggerian seminary student, this would give a sense of how Agamben

Valley (sus palabras). En “El rostro y la muerte”, se burló del uso de máscaras como un sacrificio de la humanidad ritual del rostro desnudo.

Cada ensayo corto era más absurdo y estridente que el anterior. Tras la publicación del primero de ellos, el amigo de Agamben,

himself approached the requests for public comment on the COVID-19 pandemic. Beginning in February 2020, with “The Invention of an Epidemic”, he called the virus a hoax and the belated lockdowns in Italy a “techno-medical despotism”. In “Requiem for the Students”, he denounced Zoom seminars as acquiescence to a Silicon Valley concentration camp condition (his words). In “The face and death”, he derided the use of masks as sacrificing the ritual humanity of the naked face.

Each short essay was more absurd and strident than the last. Upon publication of the earliest of these, Agamben’s friend, the French philosopher Jean-Luc Nancy, warned us to ignore him, and that if he himself had followed Agamben’s medical advice discouraging a heart transplant that saved his life, that he would be dead. Earlier this month, Agamben went all in, directly and explicitly comparing vaccine passes to Nazi ‘Juden’ stars. In a short piece called, “Second class citizens”, he connects the fates of those who refuse vaccination to that of Jews under fascism and concludes that “The ‘green card’ (Italy’s vaccine pass) constitutes those who do not have it in bearers of a virtual yellow star.” After picking up my jaw, I cannot help but compare Agamben’s analysis to that of QAnon-influenced United States congressperson, Marjorie Taylor Greene, who beat him to the punch when she tweeted back in May that “Vaccinated employees get a vaccination logo just like the Nazi’s forced Jewish people to wear a gold star.”

In this ongoing performance, Agamben explicitly rejects all pandemic-mitigation measures on behalf of an ‘embrace tradition, refuse modernity’ conviction which denies the relevance of a biology that is real regardless of the words used to name it. Something seems to have recently cracked open for him, and yet at the same time, re-reading his foundational texts in the light of the pandemic pieces is illuminating. His position has not suddenly changed. It was there all along.

Romanticism has been a permanent passenger on the flights of Western Modernity, and its mourning for ‘lost objects’ always just-out-of-reach vacillates between melancholia and revolt. Romanticism’s aesthetic disgust with rationality and technology finally has less to do with their effects than with what they reveal about how differently the world really works from how it appears to myth. Its true enemy is less alienation than demystification, and so it will always accept collaboration with Traditionalists.

It is not surprising then that Agamben earned the thanks of both Lega Nord and the anti-masker/vaccine movements. His conclusions are also similar to those of the Brazilian populist president Jair Bolsonaro, who sees the virus as an over-blown plot by techno-medical globalists to undermine traditional authority and natural bodily and communitarian coherency. What is the lost object? Agamben’s contributions are,

el filósofo francés Jean-Luc Nancy, nos advirtió que lo ignoráramos y que si él mismo hubiera seguido los consejos médicos de Agamben de desalentar un trasplante de corazón que le salvó la vida, estaría muerto.

A principios de este mes, Agamben hizo todo lo posible, comparando directa y explícitamente los países de la vacuna con las estrellas nazis “Juden”. En un breve artículo titulado “Ciudadanos de segunda clase”, conecta el destino de quienes se niegan a vacunarse con el de los judíos bajo el fascismo y concluye que “La ‘tarjeta verde’ (pase de vacuna de Italia) constituye a los que no la tienen en portadores de una estrella amarilla virtual “. Después de levantar mi mandíbula, no puedo evitar comparar el análisis de Agamben con el de la congresista de los Estados Unidos, Marjorie Taylor Greene, quien no se vio influenciada por QA, quien se le adelantó cuando ella tuiteó en mayo que “Los empleados vacunados obtienen un logotipo de vacunación como el Los nazis obligaron al pueblo judío a llevar una estrella de oro “.

En esta actuación en curso, Agamben rechaza explícitamente todas las medidas de mitigación de la pandemia en nombre de una convicción de “abrazar la tradición, rechazar la modernidad” que niega la relevancia de una biología que es real independientemente de las palabras que se usen para nombrarla. Algo parece haberse abierto recientemente para él y, sin embargo, al mismo tiempo, volver a leer sus textos fundamentales a la luz de los artículos sobre la pandemia es esclarecedor. Su posición no ha cambiado de repente. Estuvo ahí todo el tiempo.

El romanticismo ha sido un pasajero permanente en los vuelos de la modernidad occidental, y su luto por los “objetos perdidos” siempre fuera de su alcance oscila entre la melancolía y la revuelta. El disgusto estético del romanticismo por la racionalidad y la tecnología finalmente tiene menos que ver con sus efectos que con lo que revelan sobre cuán diferente funciona realmente el mundo de cómo parece el mito. Su verdadero enemigo es menos la alienación que la desmitificación, por lo que siempre aceptará la colaboración con los tradicionalistas.

No es de extrañar entonces que Agamben se haya ganado el agradecimiento tanto de Lega Nord como de los movimientos anti-enmascaramiento / vacuna. Sus conclusiones también son similares a las del presidente populista brasileño Jair Bolsonaro, quien ve el virus como un complot exagerado de los globalistas tecnomédicos para socavar la autoridad tradicional y la coherencia natural corporal y comunitaria. ¿Qué es el objeto perdido? Las contribuciones de Agamben son, en esencia, una defensa elaborada de un concepto predarwiniano de lo humano y los apegos místicos que proporcionaba. En última instancia, no defiende la vida, la rechaza.

A día de hoy, los mayores seguidores en línea de Agamben no son sus lectores desde hace mucho tiempo, sino más bien un escuadrón de nuevos fanáticos, principalmente una coalición de base de hombres y niños contrarios heridos. Desde Reaccionarios vitalistas que citan a Julius Evola y Alexander Dugin hasta el compañero de cuarto anti-vaxxer que pone bebidas energéticas en su bong, estos y otros antihéroes solitarios están condenados por su carga de ver claramente a través de las hipocresías de nuestra realidad Matrix. Para ellos, la posición de principios de Agamben los une con el legado de las negativas gloriosas y ocultas del romanticismo. En el trabajo tal vez sea menos una teoría de herradura de la alianza rojo-marrón, que el tierno vínculo entre marginados e idiotas.

En mi libro, *La venganza de lo real: política para un mundo pospandémico*, considero los orígenes y el futuro condenado de la marca de biopolítica negativa de Agamben. “Si bien la propia cosmovisión de Agamben es clásicamente europeísta, goteando con la teología heideggeriana espeluznante, su influencia en las Humanidades es mucho más amplia y profunda”, por lo que el ajuste de cuentas va mucho más allá de los programas de estudios revisados. “La pregunta es cuánto de las tradiciones filosóficas a las que Agamben se ha apegado durante las últimas décadas también deberán ser archivadas. ¿Qué hacer entonces con los artefactos de la obra de toda la vida de Agamben? Es un edificio doctrinal tradicionalista, culturalista, incrustado localmente, que protege el significado ritual de las cosas contra la desnudez explícita de su realidad: como los monólogos desafiantes de un predicador sureño, su teoría triste y solemne es innegablemente hermosa como una literatura política gótica, y probablemente debería leerse solo como tal “

Aun así, el ajuste de cuentas con los legados de él y otros proyectos relacionados está muy atrasado. Su modo de crítica biopolítica aventura alegremente que la ciencia, los datos, la observación y el modelado son intrínseca y finalmente formas de dominación y juegos de relaciones de poder. Los números son injustos, las palabras son hermosas. Aceptar que los procesos reales y subyacentes de la bioquímica son accesibles y que generan tanto la razón como la intervención se presume ingenuo. Es una disposición que también se encuentra en diferentes tonos y matices en el trabajo de Hannah Arendt, Michel Foucault y especialmente Ivan Illich, quien murió de un tumor facial que se negó a tratar como recomendaban los médicos. Incluso aquí en la Universidad de California, San Diego, un centro de investigación interdisciplinaria de biotecnología, muchos colegas insisten en que la “digitalización de la naturaleza” es “una fantasía imposible”, incluso cuando aceptan una vacuna de ARNm basada en un prototipo bioimpreso de un modelo computacional. del genoma del virus cargado desde China antes de que el virus real llegara a América del Norte.

Como he sugerido en otra parte, esta orientación es un ejemplo de la influencia prolongada de la teoría de Boomer. Los baby boomers han tiranizado la imaginación de la izquierda, legando tremendas

at their core, an elaborate defense of a pre-Darwinian concept of the human and the mystical attachments it provided. Ultimately, he is not defending life, he is refusing it.

As of today, Agamben’s biggest online supporters are not his many long time readers but rather a squad of new fans, primarily a Based coalition of wounded contrarian man-children. From vitalist Reactionaries quoting Julius Evola and Alexander Dugin to the anti-vaxxer roommate who puts energy drinks in his bong, these and other lonely anti-heroes are doomed by their burden to see clearly through the hypocrisies of our Matrix reality. For them, Agamben’s principled stand unites them with the legacy of Romanticist glorious and occult refusals. At work is perhaps less a horseshoe theory of Red-Brown alliance, than the tender bond between outcasts and idiots.

In my book, *The Revenge of The Real: Politics for a Post-Pandemic World*, I consider the origins and doomed future of Agamben’s brand of negative biopolitics. “While Agamben’s own worldview is classically Europeanist, dripping with lurid Heideggerian theology, his influence on the Humanities is much wider and deeper” and so the reckoning due goes well beyond revised syllabi. “The question is how much of the philosophical traditions to which Agamben has been attached over the last decades will also need to be shelved. What then to do with the artifacts of Agamben’s life work? It is a traditionalist, culturalist, locally embedded doctrinal edifice, protecting the ritual meaningfulness of things against the explicit nudity of their reality: like the defiant monologues of a Southern preacher, his sad, solemn theory is undeniably beautiful as a gothic political literature, and should probably be read only as such”

Even so, the reckoning with legacies of his and other related projects is long overdue. His mode of biopolitical critique blithely ventures that science, data, observation and modeling are intrinsically and ultimately forms of domination and games of power relations. Numbers are unjust, words are beautiful. To accept that real, underlying processes of biochemistry are accessible, and generative of both reason and intervention, is presumed naive. It’s a disposition also found in different tones and hues in the work of Hannah Arendt, Michel Foucault, and especially Ivan Illich, who died from a facial tumor he refused to treat as doctors recommended. Even here at University of California, San Diego, a hub of interdisciplinary biotechnology research, many colleagues insist that the “digitalization of Nature” is “an impossible fantasy”, even as they accept an mRNA vaccine based on a prototype bioprinted from a computational model of the virus’ genome uploaded from China before the actual virus even made it to North America. As I have suggested elsewhere, this orientation is exemplary of the drawn-out influence of Boomer Theory. The baby boomers have tyrannised the Left’s imagination – bequeathing tremendous capacities to deconstruct and critique authority but feeble capacities to construct and compose. Perhaps the ‘68 generation’s last revenge upon those who inherit their messes, is the

intellectual axiom that structure is always more suspicious than its dismantling and composition more problematic than resistance, not just as political strategies but as metaphysical norms. Their project was and remains the horizontal multiplication of conditional viewpoints as both means and ends, via the imaginary dismantling of public reason, decision and structuration. This is how they can at once fetishize “the Political” while refusing “governmentality.”

I grew up in this tradition, but the world works very differently than the one imagined by soixante-huitards and their secretaries. I hope that philosophy will not continue to fail those who must create, compose and give enforceable structure to another world than this one.

Agamben’s pandemic outbursts are extreme but also exemplary of this wider failure. Philosophy and the Humanities failed the pandemic because they are bound too tightly to an untenable set of formulas, reflexively suspicious of purposeful quantification, and unable to account for the epidemiological reality of mutual contagion or to articulate an ethics of an immunological commons. Why? Partially because the available language of ethics is monopolized by emphasis on subjective moral intentionality and a self-regarding protagonism for which “I” am the piloting moral agent of outcomes. The pandemic forced another kind of ethics. The Idealist distinction between zoë and bios as modes of “life” around which Agamben builds his biopolitical critique is a conceit that snaps like a twig in the face of the epidemiological view of society. Why did we wear masks? Because of a sense that our inner thoughts would manifest externally and protect us? Or was it because we recognize ourselves as biological organisms among others capable of harming and being harmed as such? The difference is profound. As we pass by a stranger, how do the ethics shift from subjective intention of harm or endearment to the objective biological circumstance of contagion? What is then the ethics of being an object? We will find out. But when presented with the need for intensive sensing and modeling in the service of highly granular provision of social services to those in need, many public intellectuals choked, only able to offer hollow truisms about “surveillance”.

At stake is not just some obscure academic quarrel, but rather our ability to articulate what it means to be human, that is to be all together homo sapiens, in connection with all the fraught histories of that question. I argue that we need instead a positive biopolitics based on a new rationality of inclusion, care, transformation and prevention, and we need a philosophy and a humanities to help articulate it.

Fortunately, in many ways we already do. A short and very incomplete list of such might include Sylvia Wynter’s mapping of “who counts” as Human in Colonial Modernity in ways that open the category to reclamation: “We” have been defined by exclusion. It includes those studying the microbiome including the role of microbial life inside of human bodies to keep us alive: The human is already inclusive of the non-human. It includes those studying Anthropogeny and common evolutionary origins of the human species and planetary future: The human is continuous, migratory and changing. It includes those studying experimental

capacidades para deconstruir y criticar la autoridad, pero débiles capacidades para construir y componer. Quizás la última venganza de la generación del 68 sobre aquellos que heredan sus desórdenes, sea el axioma intelectual de que la estructura es siempre más sospechosa que su desmantelamiento y la composición más problemática que la resistencia, no solo como estrategias políticas sino como normas metafísicas. Su proyecto fue y sigue siendo la multiplicación horizontal de puntos de vista condicionales como medios y fines, a través del desmantelamiento imaginario de la razón, decisión y estructuración públicas. Así es como pueden fetichizar a la vez “lo político” mientras rechazan la “gubernamentalidad”.

Crecí en esta tradición, pero el mundo funciona de manera muy diferente al imaginado por los soixante-huitards y sus secretarías. Espero que la filosofía no siga fallando a quienes deben crear, componer y dar una estructura exigible a otro mundo que este.

Los estallidos pandémicos de Agamben son extremos, pero también ejemplares de este fracaso más amplio. La filosofía y las humanidades fracasaron en la pandemia porque están demasiado atadas a un conjunto insostenible de fórmulas, sospechan reflexivamente de la cuantificación intencionada e incapaces de dar cuenta de la realidad epidemiológica del contagio mutuo o de articular una ética de un bien común inmunológico. ¿Por qué? En parte porque el lenguaje ético disponible está monopolizado por el énfasis en la intencionalidad moral subjetiva y un protagonismo egoísta para el cual “yo” soy el agente moral piloto de los resultados.

La pandemia obligó a otro tipo de ética. La distinción idealista entre zoë y bios como modos de “vida” en torno a los cuales Agamben construye su crítica biopolítica es una presunción que se rompe como una ramita frente a la visión epidemiológica de la sociedad. ¿Por qué usamos máscaras? ¿Por la sensación de que nuestros pensamientos internos se manifestarían externamente y nos protegerían? ¿O fue porque nos reconocemos como organismos biológicos entre otros capaces de dañar y ser perjudicados como tales?

La diferencia es profunda. Al pasar junto a un extraño, ¿cómo cambia la ética de la intención subjetiva de daño o cariño a la circunstancia biológica objetiva del contagio? ¿Cuál es entonces la ética de ser objeto? Vamos a averiguar. Pero cuando se les presentó la necesidad de una detección y un modelo intensivos al servicio de una provisión altamente granular de servicios sociales a los necesitados, muchos intelectuales públicos se ahogaron, solo capaces de ofrecer tópicos huecos sobre la “vigilancia”.

Lo que está en juego no es sólo una oscura disputa académica, sino más bien nuestra capacidad para articular lo que significa ser humano, es decir, ser todos juntos homo sapiens, en conexión con todas las tensas historias de esa cuestión. Sostengo que necesitamos en cambio una biopolítica positiva basada en una nueva racionalidad

las tensas historias de esa cuestión. Sostengo que necesitamos en cambio una biopolítica positiva basada en una nueva racionalidad

de inclusión, cuidado, transformación y prevención, y necesitamos una filosofía y unas humanidades que ayuden a articularla.

Afortunadamente, en muchos sentidos ya lo hacemos. Una lista corta y muy incompleta de tales podría incluir el mapeo de Sylvia Wynter de “quién cuenta” como Humano en la Modernidad Colonial en formas que abren la categoría a la reclamación: “Nosotros” hemos sido definidos por exclusión. Incluye a aquellos que estudian el microbioma, incluido el papel de la vida microbiana dentro de los cuerpos humanos para mantenernos vivos: lo humano ya incluye a lo no humano. Incluye a los que estudian la antropogénesis y los orígenes evolutivos comunes de la especie humana y el futuro planetario: el ser humano es continuo, migratorio y cambiante. Incluye a aquellos que estudian Astronáutica experimental y las condiciones límite de supervivencia en un entorno artificial frágil: en los umbrales de supervivencia, el ser humano es como un pez que descubre el agua. Incluye a aquellos que estudian CRISPR y otras tecnologías de re-tejido para terapia genética: el ser humano puede recomponerse a los niveles más profundos.

La afirmación o negación de lo humano también se manifiesta a través de lo que los humanos pueden ser. Esto anima las controversias culturales sobre las terapias y técnicas de reasignación de género. Lo humano es también un ensamblaje contingente, complejo y pluralista disponible para la autoconstrucción de modo que uno finalmente pueda sentirse como en casa en su propia piel. Pero la disponibilidad general de andrógenos sintéticos, estrógenos y progesterona se basa en la biotecnología de laboratorio moderna que la biopolítica de Agamben considera invasiva y antinatural.

Para que la Filosofía y las Humanidades reclamen la debida legitimidad para los desafíos presentes y futuros, la concepción colectiva de otra biopolítica positiva – basada en la realidad de nuestras circunstancias técnicas y biológicas compartidas– es absolutamente esencial.

Para ello, concluyo con otro pasaje de La venganza de lo real: “Un vitalismo de *laissez-faire* para el que “ la vida encontrará un camino ”no es una opción; es un cuento de hadas de una clase cómoda que no vive con la agencia diaria de paisajes de alcantarillado y cadáveres expuestos ... ”En cambio,“ esta biopolítica (positiva) es inclusiva, materialista, restauradora, racionalista, basada en una imagen desmitificada del especie humana, anticipando un futuro diferente al prescrito por muchas tradiciones culturales. Acepta el enredo evolutivo de mamíferos y virus. Acepta la muerte como parte de la vida. Por lo tanto, acepta las responsabilidades del conocimiento médico para prevenir y mitigar las muertes injustas y la miseria como algo muy diferente a la inmunización nativista de una población de personas de otra. Esto incluye no solo los derechos a la privacidad individual, sino también las obligaciones sociales de participar en un patrimonio biológico planetario activo. Es, rotundamente, una biopolítica en un sentido positivo y proyectivo ”.

Astronautics and the limit conditions of survival in a fragile artificial environment: At thresholds of survivability the human is like a fish discovering water. It includes those studying CRISPR and other re-weaving technologies for genetic therapy: The human can recompose itself at the deepest levels.

The affirmation or negation of what the human is also plays out through what humans can be. This animates the cultural controversies over gender re-assignment therapies and techniques. The human is also a contingent, complex and pluralistic assemblage available to self-fashioning so that one may finally feel at home in their own skin. But the general availability of synthetic androgens, estrogens and progesterone draws on Modern laboratory biotechnology that Agamben’s biopolitics sees as invasive and unnatural.

If Philosophy and the Humanities are to claim due legitimacy for present and future challenges, the collective conception of another positive biopolitics –based in the reality of our shared technical and biological circumstances– is absolutely essential.

Toward that, I conclude with another passage from *The Revenge of The Real*: “*Laissez-faire* vitalism for which “life will find a way” is not an option; it is a fairy tale of a comfortable class who don’t live with the daily agency of sewage landscapes and exposed corpses...” Instead, “(This positive) biopolitics is inclusive, materialist, restorative, rationalist, based on a demystified image of the human species, anticipating a future different from the one prescribed by many cultural traditions. It accepts the evolutionary entanglement of mammals and viruses. It accepts death as part of life. It therefore accepts the responsibilities of medical knowledge to prevent and mitigate unjust deaths and misery as something quite different from the nativist immunization of one population of people from another. This includes not just rights to individual privacy but also social obligations to participate in an active, planetary biological commons. It is, adamantly, a biopolitics in a positive and projective sense.”

The pandemic is, potentially, a wake-up call that the new normal cannot be just the new old normal. This means a shift in how human societies –which are always planetary in reach and influence– make sense of themselves, model themselves and compose themselves. This is a project that is as philosophical as it is political. Failure is not an option.

Benjamin Bratton is Professor of Visual Arts the University of California, San Diego. He is Program Director of The Terraforming think-tank at Strelka Institute of Media, Architecture and Design in Moscow. He is the author of several books, including *The Stack*, which develops a comprehensive political philosophy of planetary-scale computation.